AÑO I MIERCOLES 31 DE AGOSTO DE 1904. NUM 207.

EL DIARIO MURCIANO

UNA PESETA AL MES. PERIÓDICO PARA TODOS. REDACCIÓN: BALSAS, 1.

Centro Fotográfico Villar

En vista de la numerosa clientela que cuenta este antiguo y acreditado establecimiento, y con objeto de servir al público con prontitud y esmero, ha contratado á un retocador, tanto de retratos, como de ampliaciones, que en el difícil arte de la fotografía, lo domina como pocos.

Dicho retocador ha estado encargado bastante tiempo de la acreditada fotogrfía madrileña del Sr. Compañy.

AL DIA

CAMPAÑA INDECOROSA

Continúa «El Gráfico», periódico inspirado por el ex-ministro Gasset, y dirigido por el diputado Burell, ocupándose en los supuestos martirios de los anarquistas de Alcalá del Valle.

En un artículo que publica con el título de «Habilidades peligrosas», sin duda para contrarrestar en lo posible el efecto producido en todas las personas desapasionadas por los incalificables escritos que tanto pueden contribuir á desprestigiar al benemérito cuerpo de la guardia civil, dice el citado periódico que no le guía en su campaña el deseo de quebrantar los prestigios de la benemérita como colectividad, prestigios, dice, sobradamente sólidos y que constituyen una garantía del órden. Pero individualmente, añade, continuando en su apasionada labor, deben deslindarse los campos, castigando á los delincuentes, pues «El Gráfico» sigue creyendo que tienen razón los anarquistas que han iniciado la oampaña en la que tanto calor les ayudan algunos periódicos, y entre ellos «El Gráfico» que supone que puede haber guardias que han cometido los hechos de que se lamentan los presidiarios anarquistas.

Añade el articulista que duda de la veracidad de la noticia circulada, de que se trata de entablar la acción de la justicia militar en su propia jurisdicción, frente a la acción de la justicia civil, porque el citado articulista opinan de que las actuaciones de los tribunales ordinarios son suficientes para el caso.

Termina diciendo que ansía que el esclarecimiento de los hechos para dirigirse á Clemenceau, Jaurés, Severini y otros publicistas extranjeros que se han ocupado del asunto con la sana intención que puede suponerse, rogándoles que rectifiquen su opinión, ó que se castigue á los delincuentes ahorrando á España los calificativos vergonzosos que ahora le prodigan los revolucionarios de fuera y los de dentro, y la canalla de muchas partes que tiene sus dignos defensores en algunos periódicos.

Esto último no lo dice «El Gráfico», pero espontáneamente se nos va de la pluma, y con seguridad, mucho más razonable y sincero que todo lo que ha dicho, y dice nuestro querido colega madrileño.

EL HOGAR

Con esta breve palabra «Dios», expresamos la idea más grandiosa que puede concebir el humano entendimiento, pues ella evoca y sintetiza la creación de los mundos y el supremo juicio final.

Cuando nombramos el mundo cruza por nuestra mente la figura de algo enorme y que representa el planeta en que vivimos, y, sin embargo, esta nuestra carcel mezquina, vaga y gira perdida como un átomo en las inmensidades insondables de los espacios infinitos.

Al exclamar «Nación», acude á nuestra memoria la imágen de la Patria, división ó parte que nos corresponde en la superfie de la tierra, y que miramos como propiedad sagrada.

Si decimos «pueblo», acuden en tropel mil recuerdos risueños de la infancia, como si al empequeñecerse el trozo de mundo que evocamos, se ensanchara el amor que con él nos une.

Por eso el pueblo, la aldea, se subdividen en otra pequeñísima porción de terreno adorable en su sencillez, que se llama hogar doméstico, y que es el verdadero y legítimo dominio y reino de la mujer.

En el suntuoso palacio, todo es un mundo, en pequeño, de servidores y dependientes, se mueve y gira impulsado por la dama que con una orden lo arregla y rige; como el sol en el espacio todo un sistema planetario.

En la modesta casa, la «señora» dirige y arregla la acompasada marcha de los asuntos domésticos.

En la pobre guardilla, como en humilde choza, la mujer regulariza y gobierna sus pequeños estados.

Por eso, á la niña que alegra el hogar paterno con su bulliciosos juegos y sus risas argentinas, se la debe inculcar en lo más hondo un cariño especial hacia su cariño especial hacia su casa, el mismo que acaso siente la planta por la tierra, á la que está para siempre adherida.

¡El hogar! Es el lugar en que recibimos los primeros besos, en que dimos nuestros primeros y vacilantes pasos, en que balbuceamos las primeras y más dulces palabras de nuestro idioma patrio, en que murmuramos nuestra primera oración, en que sufrimos los primeros dolores y derramamos las primeras lágrimas y aprendimos la primera letra, y sentimos los primeros inconscientes y purísimos amores: ¡los filiales!

Es el ambiente en que parece flotar eternamente la sombra protectora de algún muerto querido; el sitio en que se guarda la rosada cuna en que se mecieron, al son de lánguidos cantares, nuestros primeros sueños, y que parece aguardar, polvada y en su retiro, que nuestra voz, á su vez, cante para mecer el sueño de inocencia, velado por los ángeles de nuestros propios hijos.

Es el lecho, donde meditamos ruborosas, la primera declaración de amor de aquel que es hoy nuestro esposo y dueño; la habitación de donde salimos coronadas de azares de pureza y donde entramos con el nimbo dorado de madres de familia.

Donde gozamos las más íntimas y recónditas alegrías; dende vertemos las más silenciosas y amargas lágrimas, donde se reunen todos los seres que llevan en sus venas la misma sangre, y añaden á sus nombres iguales apellidos, de tal modo, que la gloria ó la infamia de uno de ellos, envuelve y alcanza á toda la familia. Donde se unen y se aman aquellos seres que, por un impulso indescriptible, vienen, tal vez desde lejanas tierras, á formar la «unidad matrimonio», que lucha unida contra las mismas amarguras, y arrojan la careta que ante la sociedad les cubre, para descansar en la santa confianza del «hogar doméstico». Pequeñez admirable donde mejor se siente la grandeza de ese Dios, Creador de los mundos y Juez del último juicio.

En el hogar hay dolores, y por eso de él huyen los ilusos que creen que la tierra es un edén de de eternas alegrías...

Los brutos, las aves, los peces, los insectos, todos se labran su nido, en que crían, con amor infinito, á sus tiernos pequeñuelos, y en que se guarecen contra los rigores de los hombres y de los hielos ..

¡Infelices las mujeres que no supieron formarse su amante nido! ¡Ay de los hombres que no se procuraron el dulce retiro, contra los rigores de la lucha por la existencia, y les sorprende «sin hogar» el invierno de la vida!...

¡Hogar doméstico! Santuario que no debe profanar una mirada extraña: lugar embellecido por la ventura y purificado por el dolor; engarce de oro en que brillan, como piedras preciosas, las virtudes de la madre de familia; trono sublime de la mujer honrada; cuna adorada de los pequeños hijos; nido de amores del verdadero esposo; altar de los más nobles ideales; lazo de unión santificado é idestructible; asilo y fortaleza de la familia: rincón de la dicha; sucursal del Paraiso, no perdido si aquí se le busca; antesala del cielo... ¡Bendito seas!

Adela del Prado.

INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA RELIGIÓN CRISTIANA

El hombre incrédulo no puede aspirar al honroso título de cristiano.

Para que la religión exista en la criatura, se necesita que crea en Dios y en su providencia, en la inmortalidad del alma, en los premios y castigos eternos, despues de los instantes que separan el tiempo de la eternidad.

Religión; grata esperanza que conduce al hombre en el intricado laberinto de la vida; frase cadenciosa que eleva el espíritu á la región de la inmortalidad; conjunto de verdades sublimes que hacen surgir en el alma consoladoras ideas, para despues de haber terminado nuestra peregrinación por el dilatado páramo de la vida.

Sin los inefables consuelos de la religión, el hombre camina por el inmenso piélago del mundo, como la nave surca los procelosos mares sin la brújula que ha de conducirla al puerto.

Quien desobedeciere la voz imperiosa de su conciencia que aspira á la posesión del bien real, no podía cobijarse bajo los pliegues de la gloriosa bandera, enseña de la religión católica; religión tanto más firme, cuanto más combatida por los sectarios de la impiedad: tanto más hermosa cuanto es la única que eleva hasta Dios el corazón; tanto más innegable, cuanto es la que se aviene con los frios razo-